

«Mundo loco, carrusel
donde vamos al galope
bien sujetos a las crines
de un caballo de colores.

Sin quererlo, somos niños
aún de la muerte al borde...
Manejamos caballitos
en carrusel de ilusiones.

Infancia feliz, te fuiste,
hace tantos, tantos años...
Y en el caballito azul
yo todavía cabalgo...».

(Carrusel de Caballitos, pág. 103)

Hay, como se ve, poesía, poesía a la sordina, en estas poesías de la señorita María Cristina Madrid; y hay un dolor manifiesto y tenaz, un poco atado tal vez a una limitada expresión. Esperemos un tercer libro, madurado por los años, para ver realizadas las intenciones y las condiciones líricas de la poetisa. El presente, editado por Nascimento con una acordada sencillez y buen gusto, vale como promesa.—G. K.



LOS FUSILADOS, por *Cipriano Campos A.*

Una nueva novela de la revolución mexicana ha llegado a mis manos: *Los Fusilados*, por Cipriano Campos Alatorre (1). Breve esquema de la revolución agrarista de Zapata, con toda la lamentable historia de una columna que marcha a la deriva,

(1) Editorial Graphos Mexico.

sorteando los peligros de las fuerzas del Gobierno, y cayendo al fin aniquilada y sus sobrevivientes fusilados sin piedad. En el trayecto, los soldados, hambrientos, seguidos de mujeres y niños como era costumbre en los días trágicos de las revoluciones mexicanas, filosofan en las paradas forzosas, en las arrugas de la sierra, bajo un cielo pesado y cargado de presagios. No hay sino dolor y desolación. Mugre y fatiga; hambre, lodo, lágrimas, terrores. Se ha seguido una ruta y hay que soportarla hasta el último. Uno de los soldados fija en breves palabras todo el contenido de su postura revolucionaria. «Si yo hubiera estado en el pueblo—dice—cuando pasaron antes que ustedes los soldados de Carranza, me habría ido con ellos... Pero llegué tarde. Días después pasaron ustedes, que eran enemigos de Carranza y como yo estaba en el pueblo, me vine con ustedes»... Nada más, Azuela, el maestro, fijó también en su novela este impulso revolucionario que hacía caminar a los soldados improvisados detrás de un ideal que no entendían. La revolución es el vendabal que se lleva las hojas. O bien el cascajo que se arroja al abismo. Una vez que comienza a rodar ya no puede detenersele.

La revolución mexicana es un caudal rico para el novelista y la prueba la dan la serie de novelas que cada año tratan de aprisionar episodios y aspectos desconocidos de esa tragedia. Siguen, sin embargo, siendo las máximas expresiones, los libros de Azuela y de Martín Luis Guzmán. Este que acabo de leer, esquemático y duro, refleja la sombra del novelista que más audazmente profundizó en los bárbaros y salvajes caudillos del torbellino. Casi idénticos procedimientos y hasta un tono entre patético y humorístico que hace aún más visible la influencia de Azuela. La ráfaga fatalista imprime en estos personajes el desdén de la vida y esa fría sumisión al destino que es característica de los personajes de *Los de Abajo*.

Cuando yo leo estas novelas pienso involuntaria o voluntariamente, es lo mismo, en nuestros novelistas y en nuestras revoluciones. Por cierto que no en las revoluciones pacíficas de

los últimos años, sino en la trágica contienda del 91, hasta hoy sólo presente en la concreción novelesca de Orrego Luco. *La Tempestad* y en la de René Brikles, *Los Últimos Proyectos de Eduardo Castro*. Queda, sin embargo, escondido entre la documentación magnífica que nadie revisa, un material de primer orden, de tan honda prosapia dramática, que no se explica la desidia de los novelistas chilenos para explorar y explotar ese contenido. ¿Acaso porque viven muchos héroes? Mejor que mejor. Los datos directos son los más patéticos y los que con más eficacia pueden servir a la realización de la verdadera novela de la revolución.

El archivo ha acumulado un material formidable. Existen folletos y ensayos históricos y hasta «diarios» de los sucesos que darían una sorpresa a quienes se dispusieran a estudiarlos con intención novelesca. Los héroes no faltan. Los hubo de fiera y dura prestancia. Los hubo de todas las categorías. Y en medio de ese huracán que partió en dos mitades la sociedad chilena, que determinó terribles crisis que hasta hoy perduran, latieron con toda la fuerza dramas escalofriantes de familia que darían motivo para episodios de alta tensión trágica. Pero nuestros novelistas abandonan esos ricos veneros. Pasan sobre ellos, con la mirada displicente y el corazón ligero, hacia otros temas de menor interés dramático o de débil cuantía emocional.

Este país, atiborrado de historiadores, carece, en cambio, de novelistas que hayan sentido la historia como una fuerza de vida para iluminarla con el proceso de la creación. No digo yo que todos los novelistas deban dedicarse a cultivar el género de la novela histórica. Se caería en el vicio de la profusión que se condena en el estudio de la historia. En cada generación hay algunos que sienten con más intensidad que otros el dramatismo de la historia. Hay quienes pueden convertir los hechos salientes y los personajes que en ellos se movieron, en episodios y en héroes novelescos. Quizá si para la mayoría de lectores de este país, que desconoce su propia historia, sea más grato conocerla

a través de interpretaciones de novelistas. Cada etapa del desarrollo chileno, cada empujón fuerte hacia el futuro, se ha hecho con violencia. La reconquista, por ejemplo, es conocida por la novela máxima de Blest Gana. Allí vive un Chile exacto, cuya imagen los historiadores más sesudos no habrían podido dar. Les faltaba ese don de animación y de vida que sólo el novelista supo comunicar en la construcción de sus vastos cuadros. De entonces la novela se somete a disciplina de gabinete. Con Orrego Luco salta de nuevo a la vida activa. Podrán censurarle al autor de *Un Idilio Nuevo*, defectos de estilo; pero hasta hoy la sociedad chilena no ha tenido una pintura más certera, por lo menos en el ambiente aristocrático, que su admirable *Casa Grande*. Y no sólo como pintura de las costumbres de un ambiente, sino como pintura psicológica de la descomposición moral. En *La Tempestad*—el título es ya un hallazgo—hay condensadas las mejores interpretaciones de nuestro medio social en el instante en que una revolución pone a prueba el temple moral de esta sociedad. Como documento vivo, directo, captado por el autor en el terreno mismo, esta obra tiene un valor indiscutible. Se lee hoy con el mismo agrado de ayer. Tal como se lee *Casa Grande*, en la que cada lectura descubre nuevas y valiosas vetas para el estudio de la sociedad chilena en su doble aspecto político y moral.

De un autor mexicano salté a un chileno. Dejé a aquél abandonado y me he venido del brazo con un compatriota. Es que cada día creo con más fuerza que la crítica debe sugerir temas. Y debe en seguida censurar a los que no han sabido explotar los temas o comunicarles ese soplo humano y vigoroso que es la condición superior del novelista. Y nada más por ahora.—D. Melfi.